reyes y señores, que venían con Xolotl, eran los otros menos principales y capitanes más de veinte mil; los cuales traían a su cargo, cada uno, más de mil personas a quienes mandaban Xolotl y los otros seis señores que con él habían salido de sus reinos y provincias. Y porque las orejas del prudente y discreto lector no se escandalicen, pareciendo el número demasiado, digo que allí cerca del pueblo, que ahora es llamado Tenayucan (que fue cabeza entonces de este tan gran reino) está un lugar donde hay doce cerrezuelos de piedrecillas, que son las que se juntaron cuando se contaron, llevando cada uno una y arrojándola en el montón, que vistos, parece espanto; y considerado que cada una de aquellas pedrezuelas había echado cada uno de ellos no se hará dificultoso de creer ser el número de la gente tan grande como se ha dicho y así se puso aquel lugar por nombre Nepohualco, que quiere decir contadero.

Otra razón hay que obligue a creer que sería mucho este número de gente, que para mí es muy fácil; y es saber que esta gente chichimeca venía en busca de los moradores de la tierra, con determinación y ánimo de hacerles guerra (como a mortales enemigos) y si para vencer al enemigo fuera de su casa son menester fuerzas, en ella serán necesarias dobladas; y así es creíble que viniesen en tan crecidos y cuantiosos escuadrones como aquellos que no sólo pretendían hacer rostro, sino vencer y después quedarse por señores de la tierra.

CAPÍTULO XIX. *De cómo despachó Xolotl al cacique Acatomatl con una copiosa compañía de gente a descubrir todas las riberas de la laguna; y de la razón con que volvió*

O HAY CONTENTO que lo lea cuando se presume que no hay seguridad en poseerle. Por esta causa, aunque había mostrado Xolotl tenerle en la posesión del buen lugar y sitio que había hallado para su morada, vivía con recelo de perderle (o al menos de gozarle con zozobras y sobresaltos) si acaso había otros poseedores más antiguos que pudiesen oponérsele y hacerle guerra por quitárselo; y cuidadoso de saberlo y deseoso de asegurarse en la posesión de su nueva población llamó a un señor, llamado Acatomatl (uno de los seis mayores que con él habían venido) y dándole una buena y copiosa compañía de gente, le mandó que fuese a descubrir todas las tierras y riberas de la laguna que correspondía a su población por la parte del mediodía; el cual obedeciendo su mandato movió con su gente luego, y llevando en la memoria la noticia de los humos que el príncipe Nopaltzin había visto, destinó su camino hacia aquellas partes (que ahora tienen por nombre Chapultepec, bosque de recreación de los príncipes y virreyes que gobiernan esta Nueva España y dista de la ciudad de Mexico, poco menos de una legua). Llegado, pues, a este lugar encontró con uno de los antiguos tultecas llamado Ecitin, cuya mujer se llamaba

Axochiatl, que en aquel sitio, entre carrizales, tenían su asistencia. Vivía solo con su mujer y un hijo suyo. Fue mucho el contento que Acatomatl mostró en ver a el tulteca y con deseo de saber la causa de su soledad y la que lo era de haberse despoblado aquella tierra, se lo preguntó por señas (porque en lengua no se entendían por ser diversas las de sus naciones), a lo cual satisfizo el tulteca diciendo: que la causa de su soledad era haberse quedado escondido, cuando los otros moradores de aquellos lugares los desampararon, temiendo ir con ellos. Hecho ya a la tierra y no cuidando de conocer la ajena y que los otros sus conterráneos y compañeros se habían acabado unos y otros ido huyendo; porque de años atrás habían tenido muchas secas, de las cuales habían resultado hambres y de ellas pestilencias, muertes y guerras, que habían tenido por muchos años, con un poderoso rey, su contrario, que cada día los consumía; y deseosos de la paz, y ganosos de apartarse de la guerra, se habían metido la tierra adentro, por orden y consejo de sus dioses; y unos habían ido hacia Campech y otros, más metidos al mediodía (que es la relación que antes hemos dado) y que no sólo él había quedado con su mujer e hijo, que presentes veían, sino que en otros lugares habían quedado algunos otros; y preguntado por el capitán el tiempo que había que faltaban los que la moraban, respondió: que había espacio de cinco años que de todo punto la habían desamparado, aunque años antes habían comenzado a dejarla.

Dejando (pues) Acatomatl en aquel sitio al dicho tulteca, pasó adelante y no muy lejos (aunque más metidos en los carrizales de la laguna de agua dulce, en un lugar que ahora se llama Colhuacan) halló otros dos de los dichos tultecas con sus mujeres e hijos. El uno se llamaba Xiuhthemal y el otro Cozauhtli. La mujer del primero Oceloxoch y la del segundo, Yhuixoch. Los hijos se llamaban Coyol y Acxoquauh. Éstos se habían pasado del sitio de Tlatzalan, había tiempo de un año, al que de presente tenían por parecerles más acomodado para su vivienda, por ser más húmedo y haber habido tan grandes secas los años atrás. De éstos tomó la misma razón que del pasado y gastando algunos días en dar vuelta a la laguna y hallando otros pocos de estos tultecas, de quienes tomó la misma razón que de los pasados, caminó hacia oriente y pasó el volcán y Sierra Nevada y la parte del mediodía (que corresponde a este dicho volcán); en un lugar que ahora se llama Tepexoxoma halló otro hombre de éstos, con su mujer e hijos, del cual recibió razón; como no había por aquellas comarcas más gentes y que sólo sabía que en Cholula (ciudad que ahora es populosa) había dos sacerdotes de sus ídolos, viendo Acatomatl que tantas leguas no había encontrado con número de gente y que la poca que había visto le daba nuevas ciertas de su soledad y que la tierra estaba valdía y desamparada, volvióse luego con su gente a su señor Xolotl, el cual le recibió con mucho gusto y placer; tanto porque como amigo le amaba, cuanto por saber nuevas ciertas de lo que deseaba. Y como le preguntase el fin de su jornada, le dijo lo que había visto y se ha dicho en este capítulo y cómo se podía llamar bienaventurado; pues a tan poca costa era señor y gozaba de tierras, las mejores del mundo y que sólo restaba poblarlas;

porque sin contradición del cielo ni de la tierra, podía nombrarse señor de todas ellas.

Viendo Xolotl la soledad de la tierra y cómo tan a poca costa suya se hallaba señor de ella ordenó su pueblo y repartió los sitios de él, entre los suyos, aventajando a los señores y principales los otros, que no lo eran; y de esta manera quedó sentada su ciudad, que aunque no en formadas casas, al menos en sitios cavernosos y en otras maneras a su usanza y modo. Luego repartió parte de sus gentes por otros lugares, hacia la parte del norte, en distancia de más de veinte leguas en cuadro. Llegando a Zacatlan, Quauhchinanco, Tototepec, Atotonilco, Quachquetzaloyan que fueron, como términos y aledaños, de sus gentes. La cual tierra se llamó chichimecatlali, como heredad de los chichimecas o porción, parte y fuerte de chichimecas.

CAPÍTULO XX. *De cómo habiendo Xolotl vivido algunos años en Tenayuca se pasó a Tetzcuco y pobló allí de nuevo*

STANDO YA XOLOTL en las riberas y orillas de la laguna, que ahora se llama mexicana, dos leguas de la ciudad de Mexico y en el lugar antes referido (llamado Tenayuca, en contra de la dicha ciudad, a la parte del norte que en aquellos tiempos llegaban hasta allí sus aguas) y agradado del lugar, viendo que no había quién le defendiese su morada determinó, como hemos visto, ranchearse en aquel sitio bien diferentemente y por muy diverso modo que los tultecas, sus antecesores; porque los primeros, como gente de más policía, tenían su asistencia en poblado, morando en casas hechas de piedra y otros materiales semejantes, tratando unos con otros y comunicando entre sí y gozando de vecindad y compañía; pero Xolotl y su gente muy al contrario, porque como no sabían de vestidos, tampoco de pláticas ni conversaciones; y así era toda su vida, gozarla y vivirla, desnudamente en los cuerpos, vistiendo pieles de animales. Andaban vagueando por la tierra, sin arar, ni cabar, porque no sabían cultivarla; y todo su mantenimiento y sustento era la caza y montería de venados o ciervos, conejos, liebres y otros animales y culebras. De esta manera estuvo Xolotl con su gente, por aquella comarca de cerros y sierras, gozando esta vida referida diez y siete años y al diez y ocheno se pasó de aquel lugar al otro que su hijo Nopaltzin había demarcado, de la otra parte de la laguna (que ahora tiene por nombre Tetzcuco que es la cabeza y ciudad principal que tuvo aquel reino y una de las buenas que ahora tiene, después de la conquista de esta tierra); su mudanza debió de ser haberse multiplicado su gente o ser corta por allí la tierra, para el modo y manera de sustentarse y parecerle más acomodado el sitio de Tetzcuco, para este intento por tener en su contorno, montes y sierras de muy extendidas y grandes arboledas, donde había mucha abundancia de caza, de que se mantenían.